

Pierre Nkurunziza

Burundi, Presidente de la República

Duración del mandato: 26 de Agosto de 2005 - En funciones

Nacimiento: Bujumbura, provincia de Bujumbura, 18 de Diciembre de 1963

Partido político: CNDD-FDD

Profesión: Profesor de educación física



Resumen

Pertenece a una de las pocas familias urbanas y de clase alta de la comunidad hutu, recibió una educación privilegiada en escuelas de las localidades de Mwumba ?en la provincia norteña de Ngozi, que algunas fuentes sitúan como su lugar de nacimiento, aunque él ha declarado que es oriundo de la capital, Bujumbura- y Gitega antes de matricularse en 1987 en la Facultad de Educación Física y Deportes de la Universidad de Burundi.

Biografía

Nkurunziza tenía entonces 23 años y había visto vetado el acceso tanto a la Facultad de Economía como a un instituto de formación militar, por una doble razón: era un hutu, colectivo étnico-social que a pesar de componer el 85% de la población burundesa se hallaba completamente preterido, si no subyugado, por las élites de la minoría tutsi (el 14%); y era hijo de Eustache Ngabisha, antiguo diputado nacional, prefecto de la Policía y alto funcionario de la administración provincial. En 1972 Ngabisha fungía de gobernador de Ngozi cuando fue asesinado por militares tutsis que le consideraban un enemigo político.

La orfandad de Nkurunziza, que desde los ocho años, por tanto, quedó al amparo exclusivo de su madre, enfermera de profesión, y los estigmas de la discriminación y el odio puramente sectarios, por no hablar de la cascada de tragedias que iba a abatirse sobre su familia en la década siguiente, la cual daría más pábulo al rencor y los afanes de venganza, debieron de calar hondo en este hombre joven, de porte atlético y aspecto enérgico, cuando aún no había cumplido la treintena. Su experiencia y trayectoria personales son, de alguna manera, el epítome de la torturada historia de este diminuto pero densamente poblado país de África centrooriental.

La supremacía multiseccular de los terratenientes y ganaderos tutsis sobre los campesinos hutus se prolongó automáticamente el mismo día, en julio de 1962, de la independencia concedida por Bélgica, país que había arrebatado la colonia a Alemania durante la Primera Guerra Mundial. Tanto la monarquía de los reyes Mwambutsa IV y su hijo Ntare V, como, desde noviembre de 1966, la República fundada por el coronel golpista Michel Micombero, abortaron sin contemplaciones los intentos de los hutus de adquirir más peso en la vida política y económica de la nación, y de poner fin a una forma de organización social flagrantemente injusta que hundía sus raíces en un modelo feudal de señorío y vasallaje.

El Ejército, controlado por la oficialidad tutsi, perpetró la mayor masacre étnica de las cometidas hasta la fecha en la primavera de 1972, cuando, al socaire de un fracasado intento del depuesto rey Ntare y sus partidarios de recobrar el poder, es decir, aprovechando un conflicto que básicamente enfrentaba a clanes tutsis, sectores radicalizados de la comunidad hutu en el exilio abandonaron sus refugios en Rwanda (donde la revolución hutu contra la aristocracia tutsi había triunfado en 1959, tres años de la independencia) y atizaron una insurrección, sólo para toparse con una represión salvajemente desproporcionada.

Según los documentos de la época, el "genocidio selectivo" de 1972 pudo cobrarse entre 100.000 y 150.000 vidas, casi todas de hutus. Miles de profesionales liberales, funcionarios, universitarios y representantes políticos hutus fueron pasados por las armas, y entre ellos estuvo el padre de Nkurunziza, a quien pertenecer a la formación política en el poder, la Unión para el Progreso Nacional (UPRONA), declarado partido único por Micombero, no le guareció de esta vasta operación criminal.

En septiembre de 1987, en la época en que Nkurunziza consiguió entrar en la Universidad en Bujumbura, la dictadura cívico-militar pro tutsi instalada en 1966 cambió de máximo jefe por segunda vez. Al igual que él había hecho con Micombero en noviembre de 1976, el teniente coronel Jean-Baptiste Bagaza fue expulsado de la Presidencia por un subalterno uniformado que también formaba parte de la dirigencia de la UPRONA, el mayor Pierre Buyoya. Este golpe de palacio, pese a traer Buyoya una cierta fama de oficial moderado, no supuso, al principio, ningún alivio para los sojuzgados. De hecho, todo lo contrario: en agosto de 1988, como represalia por el asesinato de algunos tutsis por agresores hutus, el Ejército desencadenó otro pogromo de enorme proporción, matando esta vez a 25.000 miembros de la comunidad mayoritaria.

Ajeno todavía al activismo político, y, que se sepa, sin tener nada que ver con las subversiones armadas activas en aquellos años, las del Partido por la Liberación del Pueblo Hutu (Palipehutu) y el Partido de los Trabajadores de Burundi (UBU), Nkurunziza se graduó en 1990 y al año siguiente emprendió actividades docentes relacionadas con su especialidad, la formación física, en centros escolares de secundaria y en una academia militar. Entre tanto, el Gobierno de Buyoya fue adoptando una serie de pasos sin precedentes en favor del pluralismo, la democracia y la reconciliación nacional.

Nkurunziza continuaba dando clases en la Universidad, ampliando sus conocimientos en las disciplinas de psicología y pedagogía, y entrenando al New Sporting Club, un equipo de la primera división burundesa de fútbol, cuando Burundi celebró las cruciales elecciones generales del 1 de junio de 1993. Indefectiblemente, de los comicios, a poco que fueran libres y limpios, dado el aplastante desequilibrio étnico en favor de los hutus, iba a salir el primer presidente burundés no tutsi, amén del primero democráticamente elegido en la historia del país

En efecto, se proclamó vencedor por una amplia mayoría el hutu Melchior Ndadaye, principal líder del Frente Democrático de Burundi (FRODEBU), partido creado en julio de 1992 a partir del Movimiento para la Emancipación y el Progreso de Burundi (MEPROBA) y que, pese a no fomentar el sectarismo la mayoría de sus dirigentes, se nutría de un electorado casi exclusivamente hutu. El candidato de la UPRONA, Buyoya, asumió su derrota y no obstaculizó la transferencia pacífica del poder, que tuvo lugar el 10 de julio.

Ni la personalidad abiertamente moderada e integradora, nada más alejada de un talante revanchista, de Ndadaye, ni la participación de la UPRONA en un Gobierno de concentración cuya jefatura fue encomendada a una dirigente tutsi de esa formación, Sylvie Kinigi, sirvieron para refrenar los impulsos asesinos de la línea dura del mando militar y del anterior partido único, vinculada al ex dictador Bagaza, que nunca aceptó obedecer a un jefe de Estado hutu.

Así, no habían transcurrido cuatro meses desde la asunción presidencial cuando el 21 de octubre, el flamante mandatario y buena parte de las máximas autoridades políticas del país cayeron asesinados en un golpe militar que, si bien fracasó en cuanto a que no dio lugar a la captura del poder por la clásica junta castrense (el autoproclamado Comité para la Salvación Nacional, que tampoco consiguió convertir en presidente al diputado François Ngeze, uno de los escasos dirigentes hutus de la UPRONA), sí realizó su propósito de malograr el predominio

político recién conquistado por los hutus del FRODEBU. Más aún, el asesinato de Ndadaye fue el preámbulo de una dramática espiral de matanzas interétnicas, con un inmediato exterminio masivo de hutus, víctimas por decenas de miles, pero también de muchos tutsis, éstos a manos de elementos del FRODEBU, seguida de crisis institucionales, magnicidios y, finalmente, la guerra civil.

A Nkurunziza volvió a alcanzarle de lleno el furor genocida que se apoderó del país: dos de sus siete hermanos perecieron en el tótem revolútem de las masacres y las represalias desencadenado por el magnicidio de Ndadaye, aunque él no ha precisado si sus muertes obedecieron a sendos asesinatos sectarios perpetrados por extremistas tutsis. En 1994 -el año en que el sucesor de Ndadaye designado por la Asamblea Nacional, dominada por el FRODEBU desde las elecciones del 30 de junio de 1993, Cyprien Ntaryamira, falleció a su vez junto con su homólogo rwandés, Juvénal Habyarimana, cuando el avión que transportaba a ambos fue derribado por un misil sobre la pista del aeropuerto de Kigali-, el profesor de educación física contrajo matrimonio con la que iba a ser la madre de sus dos hijos varones.

La reluctancia de Nkurunziza a involucrarse en el conflicto que enfrentaba a hutus y tutsis, por más que los responsables políticos moderados -el presidente Sylvestre Ntibantunganya, hutu del FRODEBU, y los primeros ministros Anatole Kanyenkiko y Antoine Nduwayo, tutsis de la UPRONA- intentaran apaciguarlo, tocó a su fin en 1995, cuando los desmanes de las fuerzas de seguridad controladas por los upronistas más intransigentes empujaron a miles de hutus a abandonar la fe en las instituciones y a empuñar las armas. A fuerza de sufrirlos en propia carne, el extremismo y la violencia reactiva u ofensiva invadieron la militancia hutu.

Aunque el Palipehutu se había reorganizado y volvía a la carga, el principal estandarte de la subversión hutu pasó a enarbolarlo un movimiento de nuevo cuño y vástago directo de los terribles sucesos que asolaban al país desde 1993: el Consejo Nacional para la Defensa de la Democracia-Fuerzas para la Defensa de la Democracia (CNDD-FDD), que fue dado a conocer en septiembre de 1994 a iniciativa de Léonard Nyangoma, ministro del Interior en el efímero Gobierno de Kinigi, y otros disidentes del FRODEBU.

Animado por cuadros del FRODEBU e intelectuales hutus de la provincia sureña de Bururi -cantera tradicional de las élites dirigentes del país y patria chica de Micombero, Bagaza y Buyoya- que estaban descontentos con la, así les parecía, actitud condescendiente del grupo de dirigentes del círculo del presidente Ntibantunganya, quien se mostraba incapaz de imponer su autoridad a los mandos militares tutsis, y con la cuota de poder casi paritaria obtenida en el Ejecutivo por la UPRONA, el CNDD se perfiló como la sección política del movimiento tras publicar un manifiesto que incidía en la democratización del país y el apartamiento de las castas dirigentes tradicionales, a las que tachaba de usurpadoras.

Su vocación proclamada de servir a los intereses de todos los burundeses sin distinciones y su insistencia en restituir la balanza de poder, ampliamente favorable -eso sí- al FRODEBU, salida de los comicios de 1993, conferían al CNDD una lógica reivindicativa más aligerada de carga sectaria y etnicista, a diferencia del discurso intencionadamente chovinista, incluso sesgado de mesianismo religioso, caro al Palipehutu. Más todavía, la organización puesta en marcha por Nyangoma no cerraba sus puertas a los tutsis, y de hecho algunos de sus dirigentes pertenecían a esta comunidad.

En cuanto a las FDD, no eran sino el brazo armado, con miles de combatientes reclutados a lo largo y ancho del país que muy pronto se encontraron en situación de infligir graves quebrantos al Ejército gracias a los pertrechos que les llegaban desde el Zaire de Mobutu Sese Seko y a la participación de su lado de fugitivos de las Fuerzas Armadas Rwandesas y de la milicia Interahamwe, integradas por extremistas hutus expulsados de su país por la triunfante guerrilla tutsi en 1994 e implicados en el genocidio rwandés.

Según él mismo ha explicado, Nkurunziza se unió a la guerrilla de las FDD a raíz de la escalada de ataques lanzados por milicias tutsis y las fuerzas de seguridad contra alumnos y profesores hutus de la Universidad entre junio y agosto 1995, que causaron varias decenas de muertos. En particular, cita un asalto militar al campus de Bujumbura que "mató a 200 estudiantes" y que a punto estuvo de costarle la vida también a él, ya que la soldadesca disparó y prendió fuego a su vehículo, debiendo apearse del mismo y huir a la carrera. Convertido en un clandestino, el ex docente entró en contacto con las FDD, donde le dieron el fusil de guerrillero.

Su formación universitaria y sus innatas dotes de liderazgo permitieron a Nkurunziza realizar una ascensión completa en el seno del CNDD-FDD, desde la condición de soldado raso hasta la dirección suprema del movimiento, en sólo seis años. Ya en 1998, dos años después (25 de julio de 1996) del golpe de Estado militar que devolvió a la Presidencia de la República a Buyoya, considerado por altos mandos del Ejército y sectores de la UPRONA como la única persona capaz de impedir que el país ardiera por los cuatro costados, Nkurunziza se convirtió en vicesecretario general del CNDD-FDD y tomó bajo su responsabilidad la coordinación de las actividades de las alas política y militar.

Esta promoción de 1998 aconteció tras ser destituido, el 11 de mayo, en la jefatura del movimiento Nyangoma, que de paso encabezaba una facción radical del FRODEBU -el cual se había dividido tras del golpe de Estado de 1996 entre los partidarios y los enemigos de colaborar con Buyoya y sus propuestas de paz y reconciliación-, bajo las acusaciones de corrupción y de servirse de su puesto dirigente para satisfacer unas ambiciones políticas personales y privilegiar a un grupo de allegados. Nkurunziza se puso a las órdenes del nuevo hombre fuerte del movimiento, el coronel Jean-Bosco Ndayikengurukiye, hasta entonces jefe del Estado Mayor de las FDD y al que miembros del Gobierno venían acusando de comportarse como un terrorista y un criminal por permitir que sus huestes se ensañaran con paisanos desarmados.

La asunción del poder por Ndayikengurukiye en el CNDD-FDD supuso un enconamiento de la guerra civil, con ambos bandos rivalizando en la comisión de atrocidades, aunque también propició el arranque en la ciudad tanzana de Arusha de una mesa de negociaciones multipartitas en las que estuvieron presentes los delegados del CNDD y el Palipehutu, si bien la exclusión de las mismas de las FDD y del ala guerrillera del Palipehutu, las Fuerzas Nacionales para la Liberación (FNL), abrió fisuras en ambos movimientos rebeldes y contribuyó a que el alto el fuego firmado el 21 de junio de 1998 se quedara en mero papel mojado. Entre tanto, en Bujumbura, Buyoya, la facción moderada del FRODEBU y la UPRONA intentaban sentar las bases de una transición política cuyos primeros pasos fueron la reapertura de la Asamblea Nacional, el levantamiento de la proscripción que pesaba sobre las actividades partidistas, la formación de un nuevo Gobierno de coalición y la promulgación de una nueva Constitución.

En este período de lucha sin cuartel con el Ejército, donde algo más de la tercera parte de la tropa era hutu (otro dato que es pertinente arrojar, para deshacer la impresión de que las instituciones armadas, los partidos políticos y las fuerzas rebeldes eran cerradamente monoétnicas), nada menos que tres hermanos de Nkurunziza, que también se habían unido a las FDD, murieron en combate. Tras estos óbitos, a Nkurunziza sólo le quedó viva una hermana. Es más, él mismo estuvo a punto de sucumbir a unas graves heridas sufridas en el curso de una acción militar en 1999; considerado a sí mismo un "cristiano renacido", Nkurunziza ha vinculado este renacer espiritual personal a su "milagrosa" conservación de la vida en 1999, donde atisbó poco menos que una intervención divina.

Nkurunziza se encaramó al centro del proscenio el 17 de octubre de 2001, día en el que protagonizó un golpe interno similar al que había supuesto la caída de Nyangoma en 1998: con el pretexto de que toleraba los crímenes de guerra y no castigaba a los soldados infractores con arreglo al código de conducta del partido-guerrilla, Ndayikengurukiye fue defenestrado por instigación del secretario general, Hussein Radjabu, quien permitió a su subalterno la asunción de la presidencia. Al ser Ndayikengurukiye un sureño de Bururi y sus antagonistas dirigentes norteños, se especuló con una fractura en el CNDD-FDD sobre líneas geográficas. Asimismo, el Ejecutivo burundés, los partidos legales y los mediadores diplomáticos sudafricanos y tanzanos se preguntaron por el impacto que iba a tener el golpe de mano de Nkurunziza en el renqueante proceso negociador de Arusha, que el 28 de agosto de 2000 había colocado otro jalón esperanzador.

Se trató del Acuerdo de Paz y Reconciliación para Burundi, firmado por el Gobierno de Buyoya, la Asamblea Nacional, el denominado G-7 o alianza de siete partidos prohutus, entre ellos el CNDD, el FRODEBU, el Palipehutu, el Frente de Liberación Nacional (FROLINA) y la Alianza del Pueblo Burundés (RPB), y seis de los integrantes del bloque protutsi, el denominado G-10, a saber, la UPRONA, el Partido para la Reconstrucción Nacional (PARENA), el Partido para la Reconciliación del Pueblo (PRP), el Movimiento Socialista Panafricano-Inkinzo (MSP-Inkinzo), el Abasa y el AV-Ntwari. Aunque bastante integrador, el nuevo compromiso adoptado en Arusha con los buenos auspicios del ex presidente sudafricano Nelson Mandela había nacido cojo al descolgarse del mismo cuatro partidos tutsi -si bien, posteriormente, estas formaciones accedieron a signar como las otras 15 delegaciones- y, sobre todo y de nuevo, porque quienes hacían la guerra sobre el terreno, las FDD y las FNL que acaudillaba Cossan Kabura, no se sintieron concernidos.

Ahora bien, el apartado político del plan de Arusha, que incluía un calendario de transición democrática a culminar en 2004 con la celebración de elecciones presidenciales, sí fue aplicado por el régimen de Buyoya. Así, el 23 de julio de 2001, los 19 partidos signatarios, no sin muchos recelos, aprobaron investir a Buyoya como presidente constitucional de la República y a Domitien Ndayizeye, un hutu moderado y secretario general del FRODEBU, como vicepresidente.

El 1 de noviembre de 2001 arrancó el período de transición, de 36 meses de duración, con las tomas de posesión de Buyoya, Ndayizeye y el nuevo Gobierno de coalición del que se automarginaron el CNDD y el Palipehutu, al tiempo que retornaban del exilio Jean Minani (quien, por su parte, fue elegido presidente de la Asamblea Nacional de transición en enero de 2002) y otros líderes del FRODEBU bajo la protección de 700 soldados sudafricanos. El pacto estipulaba que transcurrida la mitad del período, a los 18 meses, Buyoya debía ceder su puesto a un hutu, el cual sería el encargado de conducir la fase decisiva de la transición y

ponerle broche con la celebración de elecciones y la formación de un Gobierno nacional democrático.

De Nkurunziza se esperaba un liderazgo más consistente a la hora de meter en vereda a los comandantes de las FDD, que parecían ir por su cuenta, aunque la terquedad belicista del ala militar del principal movimiento rebelde (entre 10.000 y 12.000 guerrilleros basados en las provincias orientales linderas con Tanzania, y con campamentos de retaguardia en la propia Tanzania, más algunas unidades que merodeaban en la República Democrática del Congo, el antiguo Zaire) no hacía otra cosa que dar un relieve exagerado a la atribuida buena voluntad del ala política.

Quienes concedían a Nkurunziza unos sinceros deseos de paz tomaron nota de cómo se le adelantaron en la plasmación de este propósito algunos cabecillas de facción que habían adquirido la aureola de violentos recalcitrantes. Así, el 7 de octubre de 2002, Ndayikengurukiye, que había retenido el control de una parte minoritaria de las FDD, y Alain Mugabarabona, comandante de una reciente escisión de las FNL, aceptaron silenciar las armas y sumarse al proceso político.

Nkurunziza dio el paso de reunirse cara a cara por primera vez con Buyoya en Dar es Salam el 26 de octubre de 2002, como prólogo de unas negociaciones oficiales Gobierno-CNDD-FDD que contaban con los buenos oficios del vicepresidente sudafricano, Jacob Zuma. Una vez retirada la precondición del cese de hostilidades por Nkurunziza, quien aceptó entrar a discutir directamente ese punto y a continuación la agenda global de paz, el jefe rebelde y el jefe del Estado, flanqueados por Zuma y el presidente ugandés, Yoweri Museveni (promotor de la denominada Iniciativa de la Región de Grandes Lagos sobre Burundi), firmaron el ansiado Acuerdo de Alto el Fuego en Arusha el 2 de diciembre, poniendo el colofón a la decimonovena cumbre regional sobre el conflicto burundés. El alto el fuego entró en vigor de iure el 30 de diciembre.

Nkurunziza se declaró conforme con el abandono de la subversión armada, el desarme y la desmovilización de sus combatientes bajo la supervisión de la Misión Africana en Burundi (AMIB, fuerza integrada por 2.870 soldados de Sudáfrica, Mozambique y Etiopía, con mandato de la Unión Africana, UA), y el desenvolvimiento de su movimiento exclusivamente en el terreno partidista civil, pero exigió la satisfacción de una de las demandas fundamentales del CNDD, cual era someter al Ejército y demás órganos de la defensa y la seguridad a una profunda transformación para reflejar el equilibrio de cuotas de representación étnica ya implantado en las instituciones políticas del Estado. Esto suponía que, por lo menos, un 60% de la tropa y la oficialidad debía tener filiación hutu. Y, claro estaba, las huestes de las FDD deberían poder integrarse en las nuevas Fuerzas Armadas nacionales.

Como medida de presión, Nkurunziza dispuso la reanudación de los combates en las provincias occidentales de Cibitoke y Bubanza, y las orientales de Ruyigi, Rutana y Makamba, obligando a un apurado Buyoya a sostener nuevos encuentros con él el 27 de enero en Pretoria y el 2 de marzo en Dar es Salam para la firma de sendas declaraciones de reiteración de los compromisos con los acuerdos adoptados, pero las presiones de Zuma, Museveni y el presidente tanzano, Benjamin Mkapa, no dieron resultado, así que los combates continuaron.

Aunque, ahora mismo, Nkurunziza era el principal responsable de la prolongación de los padecimientos de un país exangüe, donde una década de matanzas interétnicas y guerra civil había dejado entre 250.000 y 300.000 muertos, y un millón largo de desplazados y refugiados (sobre una población total de menos de siete millones de burundeses), los facilitadores africanos y la comunidad internacional consideraron que la imposición de sanciones a la facción mayoritaria del CNDD-FDD depararía más perjuicios que otra cosa.

Parece ser que la falta de sintonía personal, si acaso una profunda antipatía cuajada de desconfianza, entre Nkurunziza, el hutu, y Buyoya, el tutsi, impidió el desarme y disolución de la principal guerrilla burundesa dentro del período presidencial del segundo. Pero la asunción de Ndayizeye, de acuerdo con el calendario de la transición, el 30 de abril de 2003, deparó la apertura de un diálogo al más alto nivel entre hutu y hutu, no tardando en producirse resultados, aunque todavía en junio, los hombres a las órdenes de Nkurunziza se permitieron el atropello de secuestrar, para liberarlos en julio, a cuatro diputados de la Asamblea miembros del FRODEBU como advertencia al Gobierno de transición para que cesara lo que según el CNDD-FDD era una campaña de propaganda hostil orquestada por las autoridades.

Días después de solventarse este incidente, Nkurunziza canceló sus renuncias. El 21 de agosto sostuvo su primera reunión con Ndayizeye en la capital sudafricana. Seis días después, la Asamblea Nacional aprobó una ley que concedía "inmunidad temporal" frente a eventuales acciones penales por la comisión de crímenes de naturaleza política cometidos desde 1962 a todos los dirigentes opositores que renunciaran al exilio y el maquis.

El 8 de octubre, los dos hombres volvieron a encontrarse en Pretoria para firmar un acuerdo de aplicación del alto el fuego declarado en diciembre del año anterior y un Protocolo sobre la integración de los guerrilleros en las Fuerzas Armadas, la Policía y los servicios de inteligencia, de manera que un 50% de las posiciones de los institutos armados quedaría en manos del oficialismo, el 40% sería para los hombres de Nkurunziza y el 10% restante se repartiría entre el CNDD-FDD-Ndayikengurukiye y el Palipehutu-FNL-Mugabarabona (en el caso del mando policial, la cuota para los gubernamentales se elevaría al 65%). El arreglo fue ratificado por la Asamblea el 22 de octubre.

Noviembre de 2003 fue el mes decisivo para el adiós a las armas de Nkurunziza y su organización. El día 2, el ex profesor y el presidente suscribieron en Pretoria sendos protocolos sobre cuestiones relacionadas con el reparto del poder en las esferas política y de defensa y seguridad, y sobre los aspectos técnicos del acantonamiento, el desarme y la desmovilización de la guerrilla. El 7, el número dos del CNDD-FDD, el secretario general Hussein Radjabu, aterrizó en Bujumbura acompañado de Zuma para preparar la inserción en las estructuras políticas.

El día 16, en la vigésima cumbre de la Iniciativa de la Región de Grandes Lagos sobre Burundi, en la capital tanzana, Nkurunziza y Ndayizeye signaron el Acuerdo Global de Alto el Fuego en una ceremonia a la que asistieron, entre otros dignatarios regionales, el sudafricano Zuma, el ugandés Museveni, el mozambiqueño Joaquim Chissano, a la sazón presidente de turno de la UA, el congoleño Joseph Kabila y el etíope Meles Zenawi. Zuma, Museveni, Chissano y el secretario general de la UA, Alpha Oumar Konaré, añadieron sus firmas en calidad de testigos.

El siguiente paso competía a Ndayizeye, y consistía en la remodelación del Consejo de Ministros para dar cabida a un CNDD-FDD en trance de convertirse en partido político legal. El 23 de noviembre recibieron sus carteras gubernamentales cuatro miembros del ya ex movimiento insurgente, y a la cabeza de ellos el propio Nkurunziza, que se estrenó como ministro de Estado, encargado de la "Buena Gobernanza" y la "Inspección del Estado". La oficina, creada para la ocasión y de carácter eminentemente político, confería a su titular la prerrogativa de ser consultado por el presidente sobre todas las cuestiones de importancia, lo que convertía a Nkurunziza en la tercera figura del poder ejecutivo detrás de Ndayizeye y del vicepresidente Alphonse Marie Kadege, tutsi y jefe de la UPRONA.

Además, el CNDD-FDD tenía derecho a designar a 15 de los 182 diputados de la Asamblea, a tres de los 16 gobernadores provinciales y a dos embajadores en el extranjero. El 6 de diciembre de 2003, tras ocho años de ausencia y mientras el desarme y la desmovilización de las FDD ya estaba en marcha, Nkurunziza retornó a Bujumbura para pilotar lo que le correspondía del proceso de transición política, que no estaba, ni mucho menos, coronado.

Nkurunziza comenzó por brindar un respaldo muy oportuno a un presidente Ndayizeye, plétórico de buenas intenciones y hacendoso, pero políticamente débil. Sin embargo, a lo largo de 2004, el año en que debía concluir el período de transición, surgieron serios roces por el retraso en la aplicación del calendario pactado. Además, los dos estadistas fueron incapaces de convencer al cabeza de las FNL, Agathon Rwaso, de que liquidase su campaña subversiva y se reciclara en la civilidad. En opinión de Nkurunziza, las FNL no abrazaban causa alguna y concebían la guerra no como un medio para alcanzar unos objetivos políticos, sino como un fin en sí.

Por otra parte, sucedió que muchos combatientes de las FDD se pasaron al campo gubernamental sólo para dirigir las armas contra la última guerrilla en activo, contraviniendo las obligaciones del acantonamiento y el decomiso bajo la supervisión de la AMIB, que el 1 de junio entregó el testigo a la Operación de Naciones Unidas en Burundi (ONUB), una misión de mantenimiento de la paz a cargo de 5.650 cascos azules que fue aprobada por el Consejo de Seguridad de la ONU el 21 de mayo. Con todo, desde que Nkurunziza y su partido se incorporaron al Gobierno de transición, la situación de la seguridad en el conjunto del país mejoró considerablemente, animando a decenas de miles de refugiados a tomar el camino de vuelta.

El 6 de agosto de 2004 el ministro de Buena Gobernanza no estuvo entre los firmantes en Pretoria de un acuerdo multipartito sobre el reparto del poder tras la conclusión de la etapa transitoria. El CNDD-FDD justificó su ausencia de tan trascendente cita porque los días 7 y 8 celebraba en Gitega su III Congreso, en el cual aprobó su transformación en partido político y reeligió a sus dirigentes. Sin embargo, el caso era que Nkurunziza estaba enfadado con Ndayizeye por su propuesta, luego aceptada por los presidentes de la iniciativa regional sobre Burundi, de, ante la imposibilidad de alcanzar un consenso partidista sobre el proceso constituyente, postergar las elecciones legislativas inicialmente previstas para el 31 de octubre a la primavera de 2005.

La actitud de boicot de Nkurunziza, que ya se había expresado a las claras en mayo con el anuncio de la "suspensión" de la participación de su partido en el Ejecutivo y el Legislativo

porque no le gustaba cómo se estaban implementado los acuerdos de paz, arrojó más incertidumbres a una situación bastante tensa por la negativa de diez partidos protutsis, con la UPRONA a la cabeza (en noviembre, Ndayizeye iba a castigar a Kadege destituyéndole de la Vicepresidencia, pero Nkurunziza no fue sancionado), a validar el esquema del reparto de poder de acuerdo con las cuotas representativas del 60% y el 40% en el Gobierno y la Asamblea, y determinados puntos conexos de la Constitución interina, siendo así que en Pretoria, donde se congregaron delegaciones de 30 partidos, signatarios o no signatarios del Acuerdo de Paz y Reconciliación de Arusha de 2000, esa decena de formaciones no quiso firmar nada.

Por fortuna para Burundi, la peligrosa crisis pudo ser reconducida. Presionado por los mediadores africanos, Nkurunziza se plegó al nuevo calendario electoral trazado de un día para otro por la Comisión Electoral Nacional Independiente (CENI), que extendía en varios meses el período de transición: el referéndum para ratificar la Constitución interina promulgada el 1 de noviembre, el día en que debió haber expirado el período de transición, sería el 26 de noviembre (consulta que luego se trasladó al 22 de diciembre y que finalmente quedó pospuesta hasta el 28 de febrero de 2005); los comicios a las comunas serían el 9 y el 23 de febrero de 2005 (en realidad, iban a celebrarse el 3 y el 7 de junio); los comicios a diputados y senadores tendrían lugar respectivamente el 9 y el 23 de marzo (de nuevo, no iban a poder celebrarse hasta cuatro meses después) y las elecciones presidenciales indirectas completarían la secuencia de votaciones el 22 de abril (de hecho, en agosto). En cuanto a la UPRONA y sus aliados, levantaron, a regañadientes e in extremis, su boicot procedimental a la Constitución horas antes de su entrada en vigor el 1 de noviembre.

Aunque con retrasos, las sucesivas citas con las urnas en 2005 se desarrollaron de una manera mayormente pacífica y produjeron unos resultados sobresalientes para el CNDD-FDD, que colmaron las expectativas y las ambiciones de Nkurunziza, a quien decantarse en su momento por la lucha armada, la violencia (y el terror), para defender los derechos de su comunidad le resultó mucho más provechoso, en términos de poder partidario, que a los pacifistas y legalistas del FRODEBU. Iniciado ya el maratón electoral, en mayo, Nkurunziza tuvo un relativo gesto de magnanimidad política al disponer que Jean-Marie Ngendahayo, un tutsi, asumiera el Ministerio del Interior en sustitución de Simon Nyandwi, fallecido en marzo. Esta contribución a la distensión no fue espectacular, ya que, si bien extralimitaba la cuota del 40% de los puestos gubernamentales reservada a los tutsis, Ngendahayo, como el hutu Nyandwi, era miembro del CNDD-FDD.

El 28 de febrero, pese a los llamamientos al no hechos por los upronistas, la Carta Magna interina fue respaldada por el 92% de los votantes, siendo la participación igualmente masiva, el 92,4%. En junio, el CNDD-FDD capturó 1.781 consejeros en las elecciones para renovar las 129 comunas o municipios. Y el 4 de julio, el antiguo movimiento rebelde obtuvo la mayoría absoluta en las elecciones a la Asamblea Nacional al meter 64 de los 118 diputados con el 58,5% de los votos, seguido por el FRODEBU (21,7% y 30 escaños), la UPRONA (7,2% y 15), el CNDD de Léonard Nyangoma (4,1% y 4) y el Movimiento por la Rehabilitación de los Ciudadanos-Rurenzangemero (2,1% y 2). La participación en esta ocasión fue del 77,2%, y los observadores internacionales certificaron las elecciones como básicamente libres, limpias y transparentes. En la elección indirecta del Senado, el 29 de julio, el CNDD-FDD obtuvo 32 de los 49 puestos.

Tras conformarse el nuevo Parlamento, Nkurunziza lanzó su candidatura presidencial, a la que no le salieron rivales. Así, la elección efectuada el 19 de agosto por la Asamblea y el Senado en sesión conjunta fue más bien una investidura con tintes de aclamación: 151 legisladores

votaron a favor y sólo 9 en contra, más una abstención y un voto nulo. A Nkurunziza le habrían bastado 108 votos, la mayoría de dos tercios, para ser proclamado presidente.

El 26 de agosto de 2005, ante una decena de líderes africanos, Nkurunziza tomó posesión de su mandato de cinco años (en 2010, los burundeses deberán elegir al jefe del Estado de manera directa) como el octavo presidente de la República, el quinto perteneciente a la mayoría hutu y el segundo salido de un proceso democrático. En los discursos posteriores a la proclamación y la inauguración, Nkurunziza explicó que sus prioridades iban a ser "la seguridad para todos, la justicia, una verdadera democracia y el desarrollo por y para el pueblo". "La sangre vertida en esta guerra nos debe servir de lección, debemos acabar con los métodos del pasado, caracterizados por la exclusión y el favoritismo", afirmó, y agregó que los burundeses tendrían que "cambiar de mentalidad para crear un Estado de derecho donde no haya exclusión fundada en la etnia, la procedencia o el dinero". En cuanto a él, se comprometió "a combatir toda ideología y todo acto de genocidio y exclusión, y a promover y defender los derechos individuales y colectivos, y las libertades de las personas y de los ciudadanos".

En los días previos y posteriores a su asunción, quien apostaba por restringir el uso de la indumentaria formal inherente al cargo ("en nuestra cultura, cuando alguien se pone una corbata, se siente un tipo poderoso y no se gana el respeto de la gente pequeña", comentó) y por dirigirse a sus gobernados "como un simple hombre", enfatizó sus deseos de traer a las FNL de Agathon Rwaswa a la mesa de negociaciones para conseguir el cese definitivo de las hostilidades más allá de la moribunda tregua arrancada por Ndayizeye el 15 de mayo- y su unión al proceso político, así como acelerar la repatriación de los refugiados con la ayuda de la ONU y reponer los cimientos de la economía y los servicios sociales en un país diezmado en todos los aspectos: la esperanza de vida al nacer es de 50 años, el 68% de la población vive bajo el umbral de la pobreza, menos de la mitad de los niños están escolarizados y seis de cada cien adultos son portadores del virus del sida. Con un PIB por habitante de 700 dólares (a paridad de poder adquisitivo), Burundi figura entre los diez países más subdesarrollados del planeta.

Nkurunziza designó al nuevo Gobierno el 29 y el 30 de agosto. Martin Nduwimana, tutsi de la UPRONA, fue nombrado vicepresidente primero, responsable de asuntos políticos y administrativos, y Alice Nzomukunda, hutu del CNDD-FDD, fue nombrada vicepresidenta segunda, responsable de asuntos económicos y sociales. Los otros cuatro pesos pesados del Gabinete eran Antoinette Batumubwira (tutsi, CNDD-FDD) en Exteriores, Salvator Ntacobamaze (hutu, CNDD-FDD) en Interior y Seguridad, el general Germain Niyoyankana (tutsi) en Defensa y Dieudonné Ngowembona (hutu, CNDD-FDD) en Finanzas. De los 20 ministerios, 12 fueron para el partido del presidente, tres para el FRODEBU, uno para la UPRONA, uno para el PARENA, uno para el MSP-Inkinzo y uno para el MRC-Rurenzangemero. Los otrora partidos mayoritarios, la UPRONA y el FRODEBU, se quejaron de que Nkurunziza no les había consultado en la adjudicación de las carteras y les había dejado infrarrepresentados en el Ejecutivo.

(Cobertura informativa hasta 15/11/2005)